

Antonio Moreno, *La tierra alta, Granada, Comares, 2006, 60 pp.*

“**F**in deleitable / en que uno abraza / con puro ser / todas las cosas / porque ha vivido, / porque conoce / y sabe, sabe / que es su ojo el mundo / y el mundo existe / acaso mientras / un ojo mira”. Creo que estos versos del poema “Antes del irse” centran bien el núcleo de la poesía de Antonio Moreno. Una poesía que nace de la contemplación, de la observación calma y emocionada del vivir, de las pequeñas cosas cotidianas, y cernida en el interior del poeta, pasada por su experiencia, reflexionada, sentida, da lugar al poema. El verbo “ver”, “los ojos”, por donde penetra todo, son palabras reiteradas, y la actitud fundamental del poeta es la de mirar. De la mirada, debidamente interiorizada, nace la voz, surge el poema, que es por eso tantas veces canto y celebración. Canto y celebración de la vida, puesto que sabe que esa mirada ha de ser transitoria, que la muerte la limita. Los cuatro versos que componen “Una plegaria” son muy explícitos: “Ven, enciéndeme, y dame las palabras, / un canto que pronuncie cuando vaya / a lo oscuro, de acuerdo con mi suerte. / Palabras vivas con las que perderme”. Ese sentimiento de la finitud es lo que le impulsa a reconocerse en la palabra. Una

palabra sosegada, de la que apenas se trasluce la melancolía, a pesar de la asunción de la inevitable despedida. El poema “Las horas”, con sus endecasílabos rítmicos, acompasados, naturales, los más propios de este libro meditativo y pausado, reflejan bien esta idea del poeta de que, para salvar los instantes que definen su vida, los versos son la mejor manera de convertir en voz su conciencia agradecida de lo que tiene y lo que es, antes de que ya no pueda.

En la soledad de la casa, el silencio, el paseo, va el poeta acopiando instantes, signos, estímulos que le llevan a dar nombre y definir lo que le rodea y a definirse él en medio de todo. Unas veces es el recuerdo del pasado que, a la luz del presente, se hace memoria, conciencia del sentido elegíaco de la propia existencia, que es lo que pesa, en el magma del tiempo, como sucede en “Tiempo”, pura concentración: “Niñez. Los muertos eran mariposas. / Los diminutos fuegos en un barro / y con agua y con aceite sobre el agua. / Ay Tiempo, abstracto tiempo, nada has sido. / Memoria fue tu nombre verdadero. / Soy el cuenco, ese aceite y esas llamas”. El pasado, no ya como experiencia personal, sino colectiva - historia- le lleva a interrogarse, más honda y desoladamente, por el

futuro del ser. Así, en "Templo extranjero", cae en el anonadamiento de la fuga de todo, inexistentes los dioses que pudieran salvar:

Todo es ya parte antigua de la historia.

¿Y qué eres tú, nítida e hiriente gracia, don de nada en la nada?

¿Adónde iremos cuando no me habites?

Cuando entra en la historia, en el vértigo de los siglos y las generaciones perdidas, como sucede en otro poema en que se remonta a Herodoto, titulado genéricamente "Historia", es cuando su apreciación se hace más radical: el canto nace de lo que serán desechos históricos: "la vergüenza, el horror, la mezquindad, el miedo", y además, el canto no salva a nadie. Sin embargo, la mayoría de los poemas del libro se alejan de esos territorios sombríos donde la conciencia naufraga, y se ciñe a mirarse y explicarse en la piedad y compañía de las pequeñas cosas. Ve un consuelo en intuirse un día sumado a ellas, "al destino común de la materia". Esa sería la sabiduría - "Sagesse" titula el poema del verso anterior"- del hombre, aceptarse en su efímera existencia con la gravedad e inconsistencia de la materia. Sentirse uno en el cosmos, sin desesperación existencialista o reducción de todo al absurdo, como harían otros escritores.

Incluso hace proclamación de la humildad, de sentirse en paz y

justificado entre las pequeñas cosas y los instantes de cada día, de sus objetos domésticos, como en el poema "Mudanza" o en el primer poema, "Barriendo", reconciliado con lo ya inservible porque le ha servido. En este primer poema, que homenaje parece a Claudio Rodríguez, el yo se delimita claramente en su entidad bien definida, lejos de la moda postestructuralista que hace del yo un detrito:

(...) que puedo desdoblarme y verme así,

tocado por el sol de la mañana,

por la luz que desciende hasta las losas

y hasta un lugar más hondo que soy yo,

que es mi cuerpo, mi piel y mi existencia,

este a quien miro en su labor callada,

intenso en el lugar que ocupa, y no

porque medite, o porque crea en algo

redentor de la vida: por ir sólo

a su quehacer y estar ahí (...)

Se siente incluso agradecido porque una voz interior -"una voz que sólo yo conozco"- se le revele y le aclare la existencia, ese estar "ahí" entre todo, en el silencio. Alude a ella en el poema "La casa". No ilumina esta voz el enigma del "ser sin causa", pero le ayuda a nombrar, a sentirse él entre todo, en la temporalidad, a saberse "el dios y el tabernáculo vacío".

Negar la trascendencia le lleva a sentirse en comunión con la materia, pero también en solidaridad con los otros hombres, con los seres anónimos con los que se cruza al andar por cualquier calle y que son llevados por el mismo azar de la vida que reparte sus dones y sus desgracias sin distingos. Le lleva a cantar cuanto encuentra de hermosura y de dicha en lo que ve y vive, como también sucede en la ciudad de Delft, meditando en las palabras de don Juan: “¿Quién soy? Un hombre sin nombre”.

Se ase a la vida, iluminado no por lo que piensa sino por lo que ve, por lo que ama aunque no comprenda, como dice en el poema último “Cuánto olvido”. El poeta es el que interioriza todo, traduce, por la mirada, todo en signo y estímulo de vida, lo va dando sentimiento y sentido. En “Leyendo unas palabras de Kepler” se pregunta: “¿Y qué lugar existe fuera de uno mismo?”, y en “Personificación: sol de invierno” explicita: “No sólo, luz, ocultas las estrellas, / sino otra claridad / mucho más alta / velada para el ojo, que atisba en donde ve, / que intuye en la evidencia de una tapia con sol / y vuelve y mira dentro / lo mismo que halla fuera. / Tal vez únicamente la memoria, / tal vez el resplandor más verdadero”.

Cierto agustinismo y platonismo se evidencia, a veces, mirando y considerando cuanto, aun en su callada presencia, le desborda. En el poema “El reflejo” termina con estos versos: “Los días y lugares se confunden / en un solo lugar celeste y constelado, / y quien lo pisa ignora si es un hombre / o esa infinita luz con la que sueñan todos / los hombres”. La dura lucha entre deseo y realidad o, como decía Pascal, entre el corazón y la cabeza.

La voz del poeta es la voz de la necesidad. Necesidad de apuntalar el yo, en la duda y el anhelo de vivir, y trascender, aunque no haya de esto esperanza. Para eso está la palabra. En “El viaje” -siempre la constancia de la partida dentro de la inminencia del existir- dice ser “una voz / flotando en el misterio, unas palabras / unánimes y solas confundidas / en medio de los siglos y el silencio”.

Conforta leer un libro como este de Antonio Moreno, con tanta limpieza estilística, tan bien timbrada la voz ensimismada. Transparencia y sosiego hablando de la cotidianidad, de los límites del tiempo, del temblor y el temor de la vida. Lo de siempre, pero de forma que no se olvida.

César Augusto Ayuso